

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7294

Precios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 10 25 id.

La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Saint-Arne

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

MIÉRCOLES 3 DE MARZO 1886.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios a precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

PEDRO POSTIGO.

Sillas curvadas de rejilla á 7 pesetas.

UN DRAMA EN EL MAR.

El 12 de enero último, los habitantes de la isla de Santa Helena, fueron sorprendidos por la llegada de un bote que contenía diez y seis personas.

Eran éstas, el capitán Clarke, su mujer, su hija y catorce hombres de la tripulación del velero americano «Frank N. Thayer.» El capitán y cuatro hombres estaban heridos, los demás se hallaban en la más triste situación.

Hacia ocho días que habían abandonado su barco, al que habían pegado fuego dos malayos, contratados en Manila, que habían sido dueños del buque durante cuarenta y ocho horas después de haber matado á cinco hombres, herido á otros cinco, entre ellos el capitán, y aterrorizado á los demás.

Hé aquí la relación de este atentado extraordinario.

El «Frank N. Thayer» iba de Manila á Boston. Entre los hombres de la tripulación hallábase dos malayos, excelentes marineros, muy apreciados de todos, los cuales habían sido contratados para el viaje.

El 2 de enero, hallábase el barco á 700 millas al Sudeste de Santa Helena, navegando con un tiempo magnífico, cuando á media noche los dos malayos, que no se habían separado durante toda la noche, se arrojaron á cuchillada limpia sobre los dos oficiales jefes de cuarto, al ir éstos á desempeñar su servicio, dejando muerto á uno de ellos y muy mal herido al otro.

Este último tuvo, sin embargo, suficientes fuerzas para dirigirse por la escalera que conducía al camarote del capitán Clarke, y para llamarle á gritos.

El capitán, que se había acostado á las diez, creyó que se le llamaba para asuntos del servicio y se levantó inmediatamente, pero apenas hubo llegado al último peldaño de la escalera que conducía desde su camarote al puente, cuando recibió una terrible cuchillada en el costado y otra en la cara.

A pesar de las heridas, tuvo bastante energía para hacer frente al agresor, al que dió un puñetazo en la cara, pero el malayo continuó hiriéndole con su arma.

Algunos segundos después, el capitán caía, bañado en su propio sangre, delante de la puerta de su camarote, y el asesino, creyéndole muerto, volvió al puente.

La mujer del capitán, que se había despertado, acudió sin perder un instante á curar las heridas de su

marido, el cual había podido apoderarse de un revólver; un marino se unió á él, pero hallábase tan espantado, que para nada pudo servirle en aquel momento.

Lo único que consiguió de él, fué la noticia del asesinato de los dos oficiales.

Cuando el capitán acababa de vendar sus heridas, los malayos volvieron al camarote y trataron de entrar en él por una de sus ventanas. El capitán carecía de fuerzas para apuntar; pero esto no obstante, disparó dos tiros, que obligaron á los asesinos á batirse en retirada.

El hombre que estaba en el timón, presenciaba la escena sin atreverse á hacer un movimiento. No por esto los malayos los trataron mejor que á los demás; de una cuchillada lo derribaron al lado de la rueda del timón y lo echaron al agua, operación que ya habían llevado á efecto con los dos oficiales. Media hora después, tocábase el turno á otro tripulante y al carpintero. El cocinero, que era chino, fué el único á quien perdonaron, pero le obligaron á prepararles la comida.

Los malayos intentaron entonces penetrar en el alojamiento de los tripulantes, que les opusieron gran resistencia. No obstante, armados aquellos con sus cuchillos de grandes mangos de madera, lograron todavía herir á cuatro hombres. A todo esto principiaba á apuntar el día; el capitán se hallaba tan debilitado, que le era imposible hacer un movimiento; los malayos levantaron barricadas en el puente, en la previsión de un ataque; los supervivientes de la tripulación estaban bloqueados en su puesto.

Cinco hombres muertos y arrojados al mar y cinco heridos, fué el resultado de la colisión durante la noche.

Un marinero se había refugiado en los mástiles; desgraciadamente había perdido su cuchillo, sin lo cual, según dijo, hubiera encontrado medio de *despachar* algunos malayos.

La noche del 3 al 4 se pasó sin incidente. El 4 por la mañana el capitán pudo levantarse, á pesar de su debilidad, é infundió ánimo al marino que estaba en el gabinete, lo armó de un revólver y rompió el fuego sobre los malayos. Herido uno de estos en un pie, Mr. Clarke se decidió á intentar una salida. Los malayos hicieron frente y uno de ellos recibió un balazo en medio del pecho; arrojando un grito terrible se precipitó al mar. Al ruido, se puso en movimiento la tripulación, hizo brecha en la barricada con ayuda de las barras del cable y logró reunirse al capitán.

Ya se creían salvados los americanos, pero no estaban más que al principio de sus penalidades, un humo espeso que subía de la gran escoti-

lla, les decía que acababan de salir de un peligro para caer en otro. En efecto, el malayo que quedaba todavía á bordo, en una desparada en el costado del buque, llena de cáñamo, cuya fibra formaba el cargamento. Después de romper muchas balas, las había cubierto de brea, prendiéndolas fuego.

Pasado el primer instante de estupor, algunos hombres armados bajaron á la sala, disparando en todas direcciones, cuando de pronto, el demonio incendiario, herido en la espalda, surgió en medio de ellos, se lanzó sobre el puente y de un salto se precipitó en el agua.

Los marineros quisieron concluir con este energúmeno, que alcanzado por una segunda bala, no tardó en desaparecer.

Pero el incendio ganaba terreno, fué necesario pensar en abandonar el buque, el capitán hizo poner víveres en dos botes, en los que se embarcó la tripulación, cuando hubo desaparecido toda probabilidad de salvar el «Frank N. Thayer.»

Aquella noche, el velero no era más que un ascua; sus mástiles se habían hundido y el fuego hacía brecha en sus murallas. Los botes entre tanto, hacían ruta hácia Santa Helena, sirviéndose de mantas en vez de velas.

Para colmo de desgracia, una de las embarcaciones zozobró; fué necesario recoger sus tripulantes en la otra, y así amontonados en una débil tabla, estos desgraciados llegaron á Santa Helena después de una semana de horribles tormentos.

¿A qué móvil obedecieron los malayos? los naufragos no han podido adivinarlo.

INVENTO IMPORTANTE. PAÑO SALVAVIDAS.

Se ha fabricado recientemente en Inglaterra una especie de paño, cuya trama tiene un hilo de una materia especial desmenuzada en la tela por medio de un procedimiento raro. El pié del paño es de lana, seda ó algodón.

Como esa trama retiene fácilmente la tintura empleada para darle color, este paño tiene el aspecto del ordinario.

La ventaja de esta clase de tela consiste en que una persona vestida con traje de paño de azúcar puede mantenerse inmóvil en el agua; los trajes esos son verdaderos salvavidas que permiten á cualquiera que no sepa nadar hacer competencia á los tritonos y á las sirenas sin el menor peligro de ahogarse.

En París se han verificado con verdadero éxito experimentos en un estanque, y en Inglaterra ha sido adoptado para los oficiales de marina co-

mo prenda del reglamento el capote de paño de esta clase.

LA CUESTIÓN DE LOS BALCANES.

Telegrafian de Londres que hasta última hora se ha estado esperando la noticia de que la paz había sido firmada entre Servia y Bulgaria.

Pero en vez de llegar noticias en este sentido, los telegramas de Bucharest y de Viena no pueden reflejar impresiones más alarmantes.

De Viena dicen que la actitud de ambos ejércitos beligerantes y el estado de los ánimos hace temer seriamente que terminado como está el armisticio, ocurran encuentros que produzcan irremisiblemente la ruptura de las hostilidades.

Los corresponsales ingleses en Bucharest telegrafian, sin embargo, en términos más tranquilizadores, asegurando que son excesivamente exageradas las noticias sobre concentración de 50.000 hombres alrededor de Widdin y otros movimientos militares.

Telegrafian de Bucharest que Madjid-bajá, el delegado del sultan y presidente de la Conferencia para la paz ha convocado apresuradamente á los demás delegados, en vista de lo alarmante de la situación creada por el término del armisticio y á la actitud de Servia, Bulgaria y Grecia.

Madjid-bajá expuso á la Conferencia que acababa de recibir instrucciones telegráficas de su gobierno, que en aras del mantenimiento de la paz le permitía modificar ligeramente la proposición turca de arreglo y transigir hasta cierto punto con la proposición servia, ya que esta divergencia había sido causa del retraso en firmar la paz.

Los otros delegados, sin embargo, impresionados por las noticias alarmistas del día, no resolvieron nada, tomando el acuerdo de aguardar instrucciones de sus gobiernos.

Madjid-bajá ha insinuado que si la conferencia no adopta en plazo verdaderamente útil una resolución que imponga la paz, Turquía reclamará su libertad de acción y su primer acto será investir al príncipe de Bulgaria con las atribuciones de gobernador de la Rumelia resolviendo así de hecho una parte del litigio.

Lord Rosebery, el ministro de Negocios extranjeros, ha telegrafado órdenes apremiantes á los ministros de la Gran Bretaña en Bucharest y Belgrado, mandándoles que apoyen con decisión las proposiciones hechas por Turquía para la conclusión de la paz entre Servia y Bulgaria.

Lord Rosebery insiste en sus tele-